

El vascuence y la fonología

por

ANTONIO TOVAR

Merecen comentario dos importantes trabajos del profesor André Martinet, lingüista francés de origen que enseña en la Columbia University de Nueva York, los cuales constituyen una novedad, al enfocar los estudios del vascuence desde el punto de vista de la nueva disciplina que es la fonología. La fonología ha venido no sólo a seleccionar de la fonética aquellos sonidos que por tener valor distintivo tienen significación en lingüística, sino a reconocer que en la lengua existe un verdadero sistema y que el ciego movimiento que guía a los hablantes en la evolución histórica obedece a un afán de simetría que se podría comparar al de los sistemas cristalográficos.

Dos son los trabajos que nos corresponde examinar aquí, el primero publicado en la revista *Word*, VI 1950, pp. 224-233, y el segundo en *Romance Philology*, V 1951-52, pp. 133-156. En el uno trata precisamente de un problema vasco, en el otro de la íntima relación entre vasco y castellano y del papel que pudo caberle al primero en la gran revolución fonética que le ocurrió al segundo en el siglo XVI.

Se ocupa el primero de estos trabajos de la curiosa sonorización de las oclusivas en posición inicial, que contrasta en cambio con la conservación de las sordas intervocálicas. Desde el punto de vista fonológico señala muy justamente Martinet que tenemos en inicial exclusivamente oclusiva sonora y en final sorda, mientras que en posición medial tienen valor distintivo, al menos en vasco actual, sorda y sonora. Como me señalaba el señor Lafon en una carta en que respondía a mi teoría sobre paralelo entre el sistema silábico de la escritura ibérica, que no distingue entre sordas y sonoras, y ciertos hechos del vasco como la oposición *da/ezta* (1), el hecho es

(1) Véase *Emerita*, XI, 1943, p. 209 s., *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas* (Buenos Aires, 1949) p. 17 ss.

que en vasco en medio de palabra al menos hay distinción fonológica entre *egarri/ek(h)arri*, *ibar/ip(h)ar*, *urde/urt(h)e*. Sin embargo en otras posiciones, como en inicial, podríamos decir que el archifonema es único, lo cual explica por qué ha cambiado a veces la naturaleza de la oclusiva inicial románica, y tenemos así *purru* procedente de *burro*.

Martinet, basándose en la situación fonológica que hallamos en otras lenguas, por ejemplo en danés, intenta reconstruir un sistema consonántico vasco primitivo que hubo de ser alterado por influjo de las lenguas románicas vecinas, en el cual tendríamos, algo así como en danés, una doble realización del archifonema sordo como aspirado en posición fuerte y como simplemente sordo en posición débil, y del archifonema sonoro respectivamente como sordas dulces y como espirantes sonoras correspondientes. Es decir, que el fonema *P* se realiza en posición fuerte (inicial o en sílaba acentuada) como *ph* y en posición débil como *p*, el archifonema *B* respectivamente como *b* sorda y como *b* fricativa, etc.

Así se explicaría la caída de la antigua *k* inicial (Cf. *ide/-kide*) y la desaparición de la *p* inicial. La aspiración de las sordas en los dialectos nordpirenaicos estaría en relación con el modo de realización que en definitiva tenemos también en las lenguas germánicas. Piensa Martinet que esta general tendencia al ensordecimiento se dió también en el sistema de silbantes con las consecuencias que en el otro trabajo señala para la lengua española común.

El trabajo sobre las silbantes en el antiguo español es mucho más amplio e importante y por eso no lo vamos a analizar aquí completo. Nos limitaremos a recoger la importancia que tiene para el vascuence y una consideración sobre sus consecuencias para la lingüística general.

El autor examina la revolución fonética del español en el siglo XVI, comparándola con la situación que tenía en la Edad Media, en muchos puntos semejante al sistema fonético de las otras lenguas románicas. Le llama la atención el hecho de que el vasco actual carece de silbantes y de africadas sonoras. Reconociendo, como es opinión común, la íntima relación que hay entre la zona de origen del castellano, la primitiva Castilla la Vieja, y la zona euskérica (si bien sea un problema muy difícil el de fijar los límites occidentales del vasco), señala el autor que en este punto de la desaparición de silbantes sonoras "hemos de suponer fases sucesivas en la castellanización de gentes vasco-parlantes". La continua penetración de vascos en Castilla la Vieja puede explicar el proceso general de ensordecimiento de silbantes y de palatales que se realizó en el si-

glo XVI. "El origen en último término euskérico de la confusión de silbantes sordas y sonoras ha quedado oscurecido no sólo por los siglos que hubieron de transcurrir antes de que el efecto de tal influencia vasca se hiciera visible, sino también por el hecho de que la expansión del nuevo esquema en toda España que se impuso en la lengua común coincidió con lo que habríamos de llamar, para mayor claridad, segundo acto del cambio consonántico, a saber, la respectiva conversión en interdental y en velar de los antiguos fonemas dorsoalveolares *ç* y *z* y de las fricativas *x* y *j*."

Martinet, después de esta conclusión, a la que llega suponiendo la gran importancia del elemento vasco en los orígenes del español, propone un nuevo concepto del término sustrato, reduciendo este último a un concepto sociológico. Sería el bilingüismo secular de vascos fronterizos con románicos o bien desplazados hacia el Sur el que en ciertas capas sociales simplificaría la oposición sorda/sonora para llegar al tipo del español actual.

Estos dos trabajos de Martinet constituyen una muestra de cuán importante es la fonología para resolver no sólo problemas de estructura lingüística sincrónica, sino para comprender diacrónicamente, o si se quiere, históricamente, la evolución de las lenguas. Es verdad que todavía quedaría, después de estos trabajos, por liquidar por qué sorda y sonora se reducen en inicial y final a un solo archifonema, mientras que conservan en vasco su valor distintivo opuestas, como me hacía notar Lafon. También es verdad que el problema de una influencia vasca general en el castellano y más o menos latente hasta el siglo XVI necesitaría de estudios históricos extensos y difíciles para ser confirmada, pero lo que no cabe duda es que el profesor Martinet ha enfocado ambos problemas desde un punto de vista fecundo y nos da con ello no sólo unos juicios que parecen aceptables desde el primer momento, sino también una lección que hemos de aprender.